

XXIII

Desde que Tirso despreció á Pateta por verle con uniforme de corneta de milicianos, según él contó á Paz, no pudo el chico refrenar la antipatía que le inspiraba el cura. Pateta era madrileño, legítimo descendiente de aquellos liberales que cuando niños rodeaban en apretada turba las charangas militares para oír el *Himno de Riego*, y que de hombres alzaban barricadas contra la tropa, fraternizando con ella después de batirse unos y otros como fieras. Sólo dos bienes poseía: juventud y valor, y ambos los puso al servicio de la libertad, porque instintivamente le pareció buena aquella aspiración que tanto entusiasmo despertaba: vió alistarse como milicianos á sus compañeros de imprenta, les imi-

tó, y de aquí el vistoso uniforme con leopoldina de plumero que parecía un gallo desmayado, el pecho lleno de trencillas y la corneta presa entre cordones rojos, con los cuales arreos rechazaba en formación ó revista al más amigo gritando: "¡atrás paisano!" Su indignación cuando Tirso le dijo: "¡quita de ahí, mamarracho!" fué espantosa; mas como Pateta no era malo, su propósito de venganza no pasó del deseo de jugarle una mala patida: no ambicionó causarle daño, sino rabia; no sería la suya venganza, sino truhanada. Los sucesos facilitaron su intento.

Por aquellos días se temía un movimiento de los absolutistas sobre Estella, y Pateta al salir una mañana de la imprenta, estando ya cerca de la calle de Botoneras, oyó pregonar "el extraordinario, con la derrota de los carlistas," grito que acto continuo le sugirió la forma de su proyectada desazón al cura. Todo consistía en gastarse dos cuartos en el papel y subir á dar la grata nueva á don José: era la hora del almuerzo, y Tirso, que estaría allí, tendría que tragar píldoras.

A los cinco minutos de imaginarlo entraba Pateta en el comedor, donde, terminado el almuerzo, conversaba la familia tranquila-

mente antes de que Pepe marchase á su trabajo; Doña Manuela y Leocadia estaban doblando el mantel, Don José haciendo pitillos y Tirso hojeando un libro. En la pared, por bajo de la estampa religiosa que compró Tirso, se veía el mapa de las Provincias Vascongadas y Navarra, en que Don José iba marcando la situación de las tropas. Cuando quería ver por dónde andaba tal ó cual columna, hacia dónde estaba situado este ó aquel pueblo, le descolgaban el cartón del mapa y le daban una cajita con las banderitas que el pobre señor se hizo, por vía de entretenimiento, con alfileres y papelitos de colores: las había blancas para los carlistas y moradas para el ejército, por decir D. José que este era el color de las antiguas libertades castellanas

—¿Qué hay, Pateta?— preguntó el viejo.

—Pues nada, señor; que como hace tantos dias que no venía y pasaba por ahí cerca dije: vaya, voy á subir á ver si se les ofrece algo, ó sí *quién* ustedes que haga cualquier *recao*.

—Nada, hombre, gracias: sigo lo mismo, yo lo mismo.

—Y como sé que le gusta á vd. leer los papeles que salen, y he oido pregonar el que van vendiendo ahora, lo he *compra*o.

—Trae, trae, á ver.

Pepe tomó el extraordinario, y después de pasar por él rápidamente la vista, dijo:

—Esto no tiene relación con lo que se esperaba sobre Estella: pero les han pegado una buena zurra. Verá vd. (leyó):

“Extracto de los partes oficiales recibidos hasta la una de la madrugada de hoy en el Ministerio de la Guerra:

Provincias Vascongadas y Navarra.—El capitán general comunica....”

—Salta, hijo, salta eso. A ver lo importante.

—‘Comunica que en Aya fueron cogidos á las facciones de los curas Orio y Santa Cruz 800 fusiles *remington*, 300 de varios sistemas, cajas de municiones, pólvora, piezas de tela, provisiones y papeles; no pudiendo detallar las pérdidas del enemigo, que pasan de 50 los muertos y hasta 200 prisioneros y presentados. De nuestras tropas, cinco muertos del batallón de Barbastro, uno de la Princesa y 14 heridos. Entre los muertos de los carlistas había un cura, y entre los prisioneros otros dos curas, uno de ellos herido.’”

—Muchos golpes como ese hacen falta— dijo Don José— una cosa parecida ocurrió el año de 48, cuando el brigadier Zapatero y el coronel Damato desbarataron en Zaldivia y Amezqueta las partidas de Alzáa y Urbiztondo.

— Los han reventao —añadió Pateta.

Después el diálogo continuó sólo entre hermanos.

— ¡Bah! ¿qué ha de decir el gobierno? Yo no hago caso de noticias oficiales— dijo Tirso.

— Yo sí: habrá alguna exageración, pero la paliza debe de haber sido buena.

— Otra vez me tocará á mí alegrarme.

— Has podido regocijarte hace poco con el fusilamiento de los carabineros. ¡Hasta chicos de diez y seis años!

— Cosas de la guerra.

— Nó. Salvajadas del fanatismo.

— A eso dan lugar los enemigos de la fe, los que escárnecen la religión.

— Ya salió á plaza la religión de nuestros mayores! No sé en qué consiste, pero casi siempre que se comete una infamia de ese jaez sale á relucir la religión.

— Como que su defensa es el origen de la guerra.

— Y así, á trabucazos, se hace propaganda de mansedumbre y caridad. Ordenadas esas infamias por militares, no tendrían disculpa; ¡conque figúrate siendo clérigos los autores!

— Se miente mucho.

— ¡Desgraciadamente, hijo mío — interrumpió D. José— no son exageraciones! Esos curas de canana y retaco, son iguales á los de la otra guerra. Aún recuerdo yo lo que hicieron Don Basilio y Orejita, que eran dos cabecillas, el año 36 en la Calzada. Cerca de ciento veinte personas sacrificaron, hasta mujeres y niños, y ¡sabéis quién sirvió de ojeador? el prior de la Calzada. Los carlistas atacaron el pueblo, los nacionales ¡se refugiaron en la torre de la iglesia, y entonces aquellos la incendiaron: un nacional que se descolgó por una ventana, pudo correr al caer á tierra, pero le vió el prior y comenzó á gritar: “¡á ese conejo que se escapa! ¡cazarle!” y le mataron. Por supuesto, que el tal prior era una fiera. Con pretexto de parlamentar se acercó á la torre, y estuvo dando conversación á los sitiados hasta que los suyos arrimaron á las puertas astillas y sarmientos: cuando estuvo encendido el fuego, paró de hablar. Todos los que estaban dentro ardieron como estopa y

cuando el prior oía el llanto de las mujeres y de los niños, decía el muy bruto: "¡Bien templado está el órgano!

—¡Parece mentira que crea usted esas parruchas.

—¿Y lo que está haciendo por ahí ahora ese cura, cuyo nombre es un escarnio?

--Ya tendrá él cuidado de no matar á buenos cristianos: sobre todo, ¿pensáis que se puede guerrear con *sensiblerías*?

—No digas disparates, hijo; me moriría de pena si supiera que eres de los clérigos que disculpan esas atrocidades.

—Le gustarán á vd. más los que se cruzan de brazos y dejan que les persigan y conviertan las iglesias en cuadras y los altares en pesebres.

—Eso no se ha hecho todavía — dijo Pepe; —pero, no te quepa duda, si los curas siguen el camino que han emprendido, el pueblo confundirá á los representantes con la cosa representada, y entonces....

—Entonces lo destruiremos todo y no dejaremos vivo ningún liberal.... ¡masones indecentes!

Estaba ya fuera de sí; la ira, contrayendo sus facciones angulosas, dió á su rostro du-

reza extraordinaria, y los ojos se le inyectaron en sangre. Nunca le habían visto tan furioso.

—¿Váis á refir por política?—gritó doña Manuela.

Pateta estaba arrepentido.

Pepe, por evitar que la cosa pasase adelante, trató de bromear, diciendo:

--Vaya, hombre, cálmate; otro día puede que entren en Estella ó que asomen por Chamberf.

Tirso, interpretando aquello como befa por la derrota, se enfureció; levantóse de pronto con el rostro desencajado, fué hacia el mapa, trémulas las manos, y cogiendo tres ó cuatro banderillas carlistas, dijo, clavándolas en el papel con grosera violencia:

—¡Sí! ¡Entrarán aquí, y aquí, y aquí!

Los alfileres marcaron al azar varias poblaciones; Estella, Pamplona y Madrid quedaron conquistadas. Don José no se atrevió á chistar; Pepe soltó una carcajada.

—¡Qué fuerte te da!

—¡Esta es una familia podrida! — prosiguió el cura — así estáis, así os véis necesitados, pobres, desamparados, dejados de la mano de Dios; tú, trabajando en esa imprenta como un gañan, y vd. (*dirigiéndose al padre*)

ahí clavado en una butaca, con el castigo del Señor encima.

--¡Hijo mío, líbreme Dios de suponerle tan mezquino que sea capaz de castigarme con reuma por ser progresista!

--¡Reuma!-- exclamó Tirso, sonriendo bárbaramente.--¡Reuma! ¡No tiene vd. mal reuma! Gota y de la fina, es lo que tiene usted.

El infeliz escuchó con indecible espanto la brutal revelación. Primero quiso incorporarse, sin saber á qué; pero no pudiendo sus manos crispadas sostenerle en los brazos del sillón, cayó de golpe en el asiento; luego miró estúpidamente en torno y por sus mejillas resbalaron dos lágrimas.

A Pepe le asomó el furor á los ojos; sintió impulsos de abalanzarse á Tirso y destrozarle la cabeza á puñadas. La presencia de doña Manuela y Leocadia evitó una cosa horrible; Pepe, conteniéndose al mirarlas, se limitó á decir á su hermano, con la voz engañosamente tranquila, pero llena de energía:

--¡Vete! Soy capaz de matarte.

--Lo creo-- repuso el cura, procurando aparentar serenidad y dirigiéndose hacia su cuarto muy despacio.

--¡No!--le gritó Pepe--¡no, infame; á tu cuarto nó, á la calle!

Doña Manuela, que sin atreverse á proferir una sola palabra se había interpuesto entre ambos, miró entonces á Pepe como no le había mirado nunca, y con un vigor de que jamás dió señales en su vida, le dijo:

--¡Basta!

La expresión que adquirió su rostro desconcertó á Pepe: le repugnaba creer que su madre hiciera causa común con Tirso.

--Pero, mamá, ¿sabes le que acaba de hacer.

--¡Basta!-- volvió á gritar ella con mayor imperio.

Pepe no contestó á doña Manuela; pero, volviéndose hacia la puerta del cuarto de Tirso, exclamó rápidamente, como si temiera mancharse los labios con la palabra:

--¡Vibora!

Después, todos callaron:

El viejo lloraba como un niño; Pepe, abrazado á él, con la boca pegada á su oído, le decía en voz baja prodigios de cariño; Doña Manuela salió del comedor siguiendo á Tirso, y Leocadia empezó á recoger del suelo el mapa y las banderitas, mientras Pateta, que es:

taba en un rincón aterrado ante el conflicto que había promovido, se despidió de repente y salió rencoroso contra sí mismo.

—Es mentira, ¿no es verdad, hijo mío? no es gota, ¿verdad, Pepe?—decía el enfermo.

—No, papa; cálmate, por Dios; ha sido una infamia!

—Sólo al cabo de dos ó tres horas, seguro ya de que nadie se atrevería á molestar al viejo, marchó Pepe á su trabajo, observando al salir que Doña Manuela estaba encerrada con Tirso en el cuarto de éste. Al caer la tarde se le presentó Pateta en imprenta á pedirle perdón, creyendo ser el causante de todo.

—No tengo nada que perdonarte; tú no has tenido mala intención; así, ó de otro modo, ello tenía que suceder.

.....

Cuando por la noche volvió á su casa, todo estaba tranquilo; pero Don José, al empezar la cena, sufrió un acceso violento y fué necesario acostarle; Tirso hizo ademán de ir á coger uno de los brazos de la butaca para conducirlo á la alcoba con Pepe; pero éste le contuvo con sólo una mirada. Después, entre él y Leocadia, empujaron el sillón. Estan

ya en el lecho, Don José sujetó á su hijo por el cuello, y le dijo temblando, con voz apenas perceptible:

—Hijo, por Dios, ¡sé prudente! ¡no hagas nada! tu madre.... ha dicho que si Tirso se marcha, ella también se irá.

Durante la cena, á que el enfermo no asistió, los dos hermanos no se dirigieron la palabra; Pepe estuvo con su madre y con Leocadia tan afectuoso como siempre; ellas con él, frías y reservadas. Después se encerró en su cuarto, sintiendo que el llanto les agolpaba á los ojos.

Sus lágrimas fueron jugo del alma, esencia del dolor. La calma de su hogar era ya como cristal roto y, junto á esta dicha perdida, hasta el amor de Paz le pareció una felicidad mezquina.